

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 68 AÑO 2009

TEMA 10: OTROS TEMAS

TÍTULO: **PLA, WAGNER Y “DESTINO”**

AUTOR: *Jordi Mota*

Hace algunos meses y a raíz del artículo publicado en “Wagneriana” titulado “Wagner y Gerona” nos telefoneó la señora Isabel Suñé, hija de uno de los fundadores de la “Asociació Wagneriana” y nos dijo que recordaba que su padre había escrito una carta de réplica a un artículo de Josep Pla totalmente antiwagneriano y publicado en la revista “Destino”. Yo recordaba vagamente la existencia de este artículo, pero me fue imposible encontrar documentación al respecto. Llegué a pensar que quizás lo había soñado. Pero no era así. La señora Suñé recordaba la indignación de su padre con motivo del aludido artículo, y buscando entre sus papeles encontró la carta –o al menos el borrador de la misma-, que su padre envió o tenía previsto enviar a la revista “Destino” y nos la hizo llegar. El artículo de Pla fue publicado en febrero de 1948, es decir ¡¡hace 60 años justos!! Lo cual es una prueba de la envidiable memoria que tiene la señora Isabel Suñé. En todo caso teníamos el borrador de la carta, pero no teníamos ni idea del año en que se publicó el artículo de Pla en “Destino”. Pocos días después de tener en nuestro poder la réplica del Dr. Lluís Suñé Medán, vino a casa nuestra asociada señora Montserrat Vila, quien se halla trabajando en una tesis doctoral sobre aspectos no tratados todavía del Wagnerismo en Cataluña. Ese mismo día había estado consultando la revista “Destino”, había visto el artículo de Pla y anotado la fecha y número en que fue publicado. Le pedimos si podía conseguirnos una fotocopia y haciendo gala de su conocida eficacia, en un par de días ya disponíamos de toda la documentación, que consiste en tres artículos que son:

-Un inicial artículo de Xavier Montsalvatge titulado “¿Viva Wagner?” y publicado en el número 549 de la revista Destino del 4 de febrero de 1948.

-Artículo de José Pla titulado “Contra Wagner” y aparecido en el número 550 de la revista Destino del 21 de febrero del mismo año.

-Tercer y último artículo también de José Pla, "La estética de Wagner" y publicado en el número 553 de la revista Destino del 13 de marzo de 1948.

Al recibir dichas fotocopias, que eran algo dificultosas de leer pues el papel de la revista "Destino" de aquellos años era de muy mala calidad, me fijé en el primer artículo cuyo título era, como queda dicho "¿Viva Wagner?" y también leí casualmente las dos líneas del final que decían: "-No lo puedo remediar. ¡Wagner me subyuga, me arrebató!". Saqué la apresurada conclusión de que el artículo de Montsalvatge era "wagneriano" y que por dicho motivo Pla había replicado con su escrito anti-wagneriano. ¡Craso error! Ya el artículo de Montsalvatge era anti-wagneriano y la explicación de esa frase cerrando el artículo es que no había leído todo el texto que concretamente decía: "... esas señoritas que han acudido esos días de "Parsifal" y de "Buque Fantasma" al Liceo para aplaudir como buenas "snobs" y decir después con el mayor tono apasionado a sus amistades: No lo puedo remediar. ¡Wagner me subyuga, me arrebató!".

Evidentemente Montsalvatge evidencia una muy mala educación en esta desafortunada frase. Tenemos en nuestra "Associació Wagneriana" algunas docenas de asociadas que en 1948 eran señoritas y que asistían al Liceo y se subyugaban ¡y subyugan todavía hoy! por Wagner y naturalmente no eran "snobs", entre otras cosas porque las "snobs" no se subyugan por Wagner, ni lo dirían tampoco. ¿No podría ser tal vez que Xavier Montsalvatge tuviera alguna señorita amiga o familiar autora de esta frase tan amanerada?

Pla en "La estética de Wagner", hacía referencia a las setenta u ochenta cartas recibidas en la redacción como reacción a su anterior artículo titulado "Contra Wagner". Decía en este segundo trabajo que aprovechaba para contestarlas todas juntas, ya que publicar todas las cartas era imposible "por falta de papel" (textual). La pregunta sería... ¿se publicó alguna de ellas? Quizás alguna, pero muy pocas, pues Montserrat Vila no recuerda haber visto ninguna, aunque tampoco se fijó especialmente en ello. Aquí tendríamos pues, un caso similar al que ocurrió con la puesta en escena de Konwitschny para el reciente "Lohengrin". Las cartas en los periódicos fueron casi todas en contra de la puesta en escena, pero los artículos que

aparecieron en la prensa fueron todos extremadamente laudatorios. He ahí la disociación entre público y prensa.

Como la mejor manera de hacer las cosas es reproduciendo íntegros los artículos, seguidamente los incluimos los tres, y ya que nuestros asociados tienen todas las ideas muy claras sobre el tema, no es necesario apenas hacer comentarios al respecto. No sabemos si Pla quería desmarcarse de la gente que le acusaba de haber hecho espionaje a favor de Franco y para ello cogió como pretexto Wagner, o simplemente es que fue víctima de una enajenación mental transitoria –lo de transitorio le duró al menos 20 días que es el tiempo transcurrido entre los dos artículos-. También publicamos, naturalmente, y nos sentimos muy orgullosos de ello, la carta del Señor Suñé que tan amablemente nos ha facilitado su hija Isabel. La opinión de uno de los fundadores de la “Associació Wagneriana” es todo un documento de valor inapreciable para nosotros.

Que la prensa pasase de los panegíricos entusiastas dedicados a Wagner de antes de la guerra, a una actitud fría y calculada, de crítica, burla y sarcasmo, es algo que hay que asociarlo al discurrir de la historia. Alemania perdió dos guerras mundiales y eso tuvo su peso. Si las hubiese ganado ambas, hasta “Paco el Púas” sería wagneriano. De hecho los wagnerianos, con la tenue excepción de Joaquín Pena, eran personas que siempre estaban y estamos en segunda fila. Los críticos famosos de antes (Fernández Cid, Montsalvatge...) como los de ahora (Radigales, Tellez, Ramón Pla, Lucas,...) han sido anti-wagnerianos unos, y casi anti-wagnerianos los otros, con la honrosa excepción de Ángel Mayo. Pero tanto Pla como los actuales anti-wagnerianos, están muy preocupados precisamente por los que somos “wagnerianos”. Eso les molesta una enormidad aunque luego queda claro que tampoco les gusta Wagner. No es que sean pro-Wagner y anti-wagnerianos, lo que no pueden asumir es el mensaje ético de Wagner y su obra. Después de la II Guerra Mundial lo “chic” era hablar de Adorno, Kafka, Marcuse, de los cuales yo no puedo decir si son buenos o no, ya que no los entiendo, pero en todo caso lo que no era “snob” era utilizar expresiones como “inmortal maestro”, “divino artista” o cosas por el estilo. Pero aunque los wagnerianos no se hallaban, ni se han hallado nunca, de nuevo con la excepción de Ángel Mayo, entre los críticos relevantes, sí que han

desarrollado su mejor cualidad, que consiste en trabajar, trabajar y trabajar, ¡y naturalmente sin cobrar! ¡perdiendo dinero! Un dinero muy bien empleado pues es una manera de agradecer al inmortal maestro, al divino artista, los momentos de inefable goce que nos ha hecho pasar. Y esas “hormiguitas” del wagnerismo no han faltado nunca: En el Liceu Pamies y Portabella se arruinaron divulgando el mejor Wagner –los de ahora se enriquecen presentando el peor-, artistas como Mestres Cabanes o Emili Freixes desarrollaron su producción wagneriana en los años de post-guerra. Anna d’Ax como francotiradora, escribió el mejor libro que se ha escrito en España sobre Wagner –“Wagner vist per mi”-, y personas como Sisquella y otras hicieron posible los Festivales Wagner de 1955.

José Manuel Infiesta creó la primera revista wagneriana en España con el título “Monsalvat” que durante tres años se tituló “Revista Wagneriana y de información musical” editando además diversos libros de gran importancia wagneriana. Ahora nosotros editamos una revista wagneriana en catalán y otra en castellano y en este 2008 hemos realizado importantes ¡y costosísimos! documentos wagnerianos para conmemorar el 125 aniversario del fallecimiento de Wagner.

Punto álgido de dicha conmemoración fue la proyección de “Lohengrin” subtitulado al catalán con el texto adaptado a la música debido a Joaquím Pena. Ese mismo día se distribuyó el ejemplar de “Wagneriana” –edición en catalán- con la reproducción en color de todos los decorados de las obras de Wagner tal como el maestro, el inmortal maestro, los deseaba... y luego siguieron otros libros, y revistas, y conferencias y apoyo logístico a diversas instituciones que organizaron, con mejor o peor fortuna, exposiciones o ediciones de tipo wagneriano:

Las hormiguitas wagnerianas seguimos con nuestro incansable trabajo. De vez en cuando el Pla de turno nos da un pisotón y nuestro trabajo se viene abajo durante algunos días. Las cigarras se sienten felices al vernos postrados, pero siempre nos recuperamos. Reconstruimos lo destruido y añadimos siempre cosas nuevas y cuando la muerte acaba con uno de nosotros, hay siempre un joven esperando para tomar el relevo. A Pla su artículo contra Wagner se lo pagaron. ¡Los artículos contra Wagner se pagan bien! Todo lo que se hace contra Wagner da dinero. Lo que se hace a favor cuesta dinero. ¿Que qué preferimos? A Judas le pagaron por traicionar a

Jesús, a los otros once no les dieron nunca ni un duro por defenderlo. Cada cual elige el lado de la trinchera que más le gusta. Unos prefieren ganar, al lado de quien sea y otros preferimos perder, pero al lado de los buenos. Sobre gustos no hay nada escrito, “es cuestión de gustos”, se dice, nosotros añadiríamos: de gustos buenos que son los nuestros, y gustos malos que son los de ellos.

¿VIVA WAGNER?

por Xavier Montsalvatge

(Artículo publicado en la revista “Destino” nº 549, del 4 de febrero de 1948)

Con las representaciones del “Buque Fantasma”, “Tannhäuser” y “Parsifal”, la temporada de ópera ha llegado a su plenitud y a sus últimos días de actividad. Este año, Wagner ha sido representado con intérpretes, en general, dignos y sobre todo conocedores del carácter y la trascendencia de las partituras. El director, maestro Kurt Rothenbühler, ha llevado la orquesta perfectamente, en un tono algo apagado, pero siempre claro y matizado. Los cantantes han estado a la altura que exigen las partituras. Margareth Weth Falke, igual que Livia Fehey Peri, son excelentes intérpretes, con una voz insensible a la fatiga. El tenor Einar Beyson no ha sido el “Parsifal” que los liceístas hubieran deseado, pero no se le pueden negar facultades. Subomir Vischegonov es un bajo admirable y Henri Rehfus, Franz Muller, V.M. Demetz y el resto de la compañía, todos son dignos de encarnar, en cualquier teatro de ópera de primera categoría, los personajes wagnerianos. A su lado, el grupo de cantantes españoles y la Capilla Clásica que intervinieron en “Parsifal”, hicieron un lucidísimo papel. No podemos recoger la impresión causada por Victoria de los Angeles, que ayer viernes, en “Tannhäuser”, sin duda obtuvo un triunfo espectacular, pues está en disposición de sobresalir en medio del más selecto grupo de artistas del drama cantado.

En fin: la Compañía alemana, con el concurso de los artistas españoles, nos ha proporcionado una nueva oportunidad de enfrentarnos con esa mole granítica, inatacable que es el teatro wagneriano.

Las óperas escogidas han puesto en evidencia, una vez más, la magnitud de la obra que el músico emprendió con el “Buque Fantasma”, todavía fluctuando vecino al italianismo; continuada con “Tannhäuser”, en el que abordó ya el dominio de las viejas leyendas germanas, y rematada con “Parsifal”, estrenada como es sabido en el Teatro Templo, edificado por el propio compositor en Bayreuth, un año antes de su muerte.

La revolución musical que encierran estas tres obras es realmente impresionante y no extraña que en la segunda mitad del pasado siglo representaran un fenómeno artístico al que le fueron atribuidas consecuencias estéticas trascendentales.

Wagner, como es sabido, excitó a favor o contra suyo, a las inteligencias más agudas de su época; tuvo por defensores o detractores a las plumas más ilustres; agitó con su música a toda una generación. La importancia de este hecho nadie lo ignora y sirvió, entre otras cosas, para estabilizar su nombre en la historia de la música.

La figura de Wagner fue seguida, idolatrada, naciendo la legión de los wagnerianos enamorados no sólo de la música, sino de una filosofía y una estética edificadas sobre la misma. Luego vino la crisis, la superación de unos exaltados conceptos y su substitución por otros de acuerdo con la evolución del pensamiento y del gusto de las gentes. Llegó la inevitable reacción durante cuyo período se dijeron muchas barbaridades y falsedades, y finalmente hemos llegado al equilibrio estable, en el cual el “caso Wagner” ya no preocupa a casi nadie. Al menos a nadie que tenga alguna autoridad opinando en materia musical.

Pero he ahí que en este país, donde nos pasamos de listos, un grupito de teorizadores pone el grito en el cielo cuando alguien insinúa este hecho, aceptado por pura lógica, y reclama para todos una postura de combate: ¡o wagneriano o antiwagneriano! No se dan cuenta los que nos exigen estas decisiones de que una polémica de este tipo haría, por anacrónica, morir de risa a los que en otros puntos del globo se dedican a la crítica, a los estudios de la música en general o a la composición en particular.

Para nosotros, y estamos seguros de que para la mayoría de los que piensan en estas cosas sin criterio anquilosado, el problema no existe. Wagner está aceptado – no de ahora, sino de mucho tiempo atrás- y su música representa el modelo más perfectamente logrado del romanticismo alemán. En esta música hay mucho que

aprender, pero, no lo disimulemos, algo también que repudiar. La influencia de Wagner ha sido catastrófica en la mayoría de sus seguidores, pobres pigmeos al lado de un gigante al que debe contemplarse a distancia, y aún encadenado. Exceptuando el caso ilustre de Richard Strauss, que por afinidades raciales y temperamentales ha sido el único depositario de los últimos restos de la estética wagneriana, en la actualidad no hay en Europa, en el mundo, un sólo músico que no haya formado su personalidad a espaldas del músico de Leipzig. Sea cual fuere la opinión que merezca la escuela musical contemporánea, ¿no es un síntoma revelador? ¿O es que las obras de Hindemith, Malipiero, Strawinsky, Prokofieff, Falla, Williams, Bliss, Schoenberg, Bartok, Debussy, Ravel, Schmitt, Honegger etc. todas escritas, como es natural, soslayando el credo wagneriano, quieran ponerse al lado de esas miserables parodias del “drama musical” que, de escuchar la opinión de algunos, saldría de las manos de los compositores españoles?

El oyente, el aficionado está en el perfecto derecho de sentirse wagneriano hasta el punto de entusiasmarse no sólo con la música de Wagner sino con ese conglomerado monstruoso de símbolos cristianos y paganos, de leyendas de una fantasía totalmente antiteatral que forma la trama de “Lohengrin”, “Tannhäuser” y “Parsifal”. Un músico, por modesta o insaciable que sea su ambición, no.

Por inteligencia, por espíritu de análisis y hasta por decoro profesional, su postura debería ser más contenida, más ecuánime. Se expone, en caso contrario, a que le confundan con esas señoritas que han acudido esos días de “Parsifal” y de “Buque Fantasma” al Liceo para aplaudir como buenas “snobs” y decir después con el mayor tono apasionado a sus amistades:

-No lo puedo remediar, ¡Wagner me subyuga, me arrebató!

CONTRA WAGNER

por José Pla

(Artículo publicado en la revista “Destino” nº 550, del 21 de febrero de 1948)

¡BRAVO, Xavier Montsalvatge, magnífico! Lo que ha escrito usted sobre Wagner y sus discípulos en el número 549 de DESTINO es de una exactitud que merece ser

subrayada. Sospecho que nos dará usted muchas sorpresas. Tiene usted una manera de ver las cosas por dentro que está muy por encima de la mayoría de los tópicos y lugares comunes al uso del profundo provincianismo en que vivimos. Hay que ser joven, hay que romper la costra de cartón periodístico que nos ahoga, saber decir ¡no! a tiempo, no tener miedo al ridículo Cuando se tiene una pluma en la mano y algo que decir, hay que hacerlo contra viento y marea, prescindiendo de las diferentes asociaciones de bombos mutuos a que ha quedado reducida, casi, nuestra vida artística.

Tiene gran interés que eso que ha escrito usted de Wagner lo haya escrito un músico –y un músico de su categoría-. Cuando, estando el infrascrito en Berlín, antes del advenimiento del nacional-socialismo, constaté, en una crónica periodística, el descenso que se notaba de la música del aparatoso artistazo entre el público alemán, los músicos de aquí me molieron a palos y un compañero de periódico, Rosendo Llatas, me dio una rociada dialéctico erudita literalmente abrumadora. Agradecí la rociada –por que siendo liberal de palabras y de hechos, soy insensible a los elogios y a las críticas-; pero los hechos quedaron en su sitio. En 1925-26, Wagner estaba en Alemania totalmente acabado. Luego vino la preponderancia del partido nacional-socialista y un buen día Goebbels anunció al pueblo alemán que el músico preferido por el “bello Adolfo” era Ricardo Wagner y que lo que le gustaba más al salvador (!) del pueblo alemán era aquella parte de su obra menos italianizante, si no la más selvática, la más aria, la que contiene la mitología más sangrienta y anticristiana de los rubios: la “Tetralogía” (Nota del Wagneriana: ¿Será culpa de Goebbels esa obsesión que tienen en la actualidad todos los teatros del mundo en representar la Tetralogía?). ¡Ah, Dios mío, la que se armó. Si ustedes hubieran visto a los alemanes correr detrás de Wagner, poner el retrato en el salón, agotar las localidades en conciertos y óperas, donde daban la música del genio ario! Fue un delirio, algo repugnante.

Luego se formó el mito: los periódicos y revistas se cansaron de repetir que Mozart, Schumann, Schubert y Beethoven eran blandengues y que afeminaban el ánimo, y que lo grande, lo recio, lo alemán, alemán, alemán, era Wagner. Se prescindió cuidadosamente de la polémica Nietzsche-Wagner, a pesar de que después de lo dicho por Nietzsche en “El caso Wagner” no hay apenas nada más que decir, ni aún

desde el punto de vista de la dimensión tudesca del pedantesco artistazo. La discusión quedó aparte y la censura del Estado puso grandes reparos a la edición auténtica de “El caso Wagner”. Por eso se hizo la edición estatal de las obras de Nietzsche, con los espurgos necesarios para que la obra pudiera llegar “a todas las manos alemanas”. Resuelto el pequeño problema tan expeditivamente, Nietzsche se convirtió en el filósofo de la casa y Wagner en el proveedor de sensaciones divinas. Las señoritas del país se vistieron de Brunildas y los jóvenes de Lohengrins, todo proveniente de las modas del artesanado más exquisitamente distinguido. Recuerden las ingenuas fotografías arias de la época de la guerra. Son del mismo tiempo en que los campos de concentración estaban en pleno funcionamiento. (Nota de Wagneriana: Todo este último párrafo del artículo de Pla es pura fantasía. Beethoven fue considerado en el III Reich más genuinamente alemán que Wagner debido a que su obra era más homogénea. Sobre Mozart, Schubert y Schumann se hicieron películas, pero no sobre Wagner y, evidentemente, no se puso ningún obstáculo en el III Reich ni se censuró nada en la edición de las obras de Nietzsche, ni fue considerado filósofo oficial, como tampoco Wagner. Evidentemente nadie se vistió de Brunilda. Todo puramente inventado)

Ahora, en Barcelona, los mitólogos del país dicen lo mismo, con veinticinco años de retraso, que lo que se dijo en Berlín en la época prehistórica de antes de la guerra: que Wagner es lo grande y lo recio y lo robusto y lo fuerte, y que toda otra música es blandengue porque afemina el ánimo, y lo entibia, y lo convierte en un terreno abonado para el escepticismo. Esos Lohengrins honorarios olvidan que los wagnerianos alemanes desaparecieron hace ya mucho tiempo y que aquel país, a pesar de lo grande, lo recio, lo adusto y lo fuerte, ha dejado de ser, por el momento, un país de soberanía alemana. Es un ligero tropiezo. (Nota de Wagneriana: Pla se limita a repetir, con casi cien años de retraso, lo que se dijo de Wagner en vida del compositor)

Relato todo esto para recordar, con hechos, lo que se hizo notar, a propósito de Wagner, hace ya tanto tiempo: una gran parte de la obra tiene muchísimo más que ver con cosas extravagantes a la música que con la música misma. La música de Wagner tiene que ver con la mitología, con el patriotismo, con la religión, con la raza, con la anécdota legendaria o histórica, con la moral y con mil cosas más; pero con la

música, con la realidad de la música, con la música pura, menos. Ello se comprende porque Wagner fue, ante todo –como demuestran sus escritos y su correspondencia-, un montador de grandes espectáculos, un empresario de maquinarias teatrales que en su tiempo parecieron grandiosas y que hoy nos parecen dramas bastante ingenuos del señor Guimerá. Pretendió siempre Wagner dar al público cosas completamente mascadas y hechas y a estos efectos puso música a sus pesadísimos y soporíferos dramones. Si se descarna la música que contienen de la osatura del dramón, sólo excepcionalmente se digiere. Y es que en Wagner hay una confusión constante de los límites de las bellas artes, una negación sistemática de que la música haya de ser ante todo musical. La música ha de servir, siempre según él, a otras necesidades que a las de la música misma. Truco antiguo y ya desacreditado. Es el truco del pintor que quiere hacer pasar su mercancía averiada representando escenas gratas a la populachería política o social sucesiva. En grotesco es el caso de aquel barítono que cantaba en Málaga y que trató de soslayar una silba merecidísima, gritando: “¡Viva Málaga! ¡Vivan las mujeres de Málaga! ¡Viva el vino de Málaga! ¡Viva Andalucía!”

Las artes tienen límites. Es siempre preferible que la pintura sea pictórica y la música, musical esencialmente. Si se involucra todo, el caos es excesivo. Así al menos se creyó siempre en la escuela, y hablo de escuela en el mejor sentido de la palabra: la teoría estética general y los límites de las artes están formulados de manera insuperable en la inmortal correspondencia entre Goethe y Schiller. En este orden de ideas, esa correspondencia recoge lo que de más vivo y eterno tiene la música.

Los trozos de música wagneriana que se mantienen independientemente de los monstruosos dramones que la sostienen, son, ante todo, naturalistas, y algunos, por el camino de la pura mistificación, pretenden llegar a un misticismo cósmico y panteísta. En el siglo XVIII, las palabras mistificación y mística se hacían arrancar del mismo tronco. Wagner nos describe el murmullo de la selva, el ruido de las setas al nacer en los rincones sombríos y húmedos del bosque, la aparición de la hierba, los jadeos de los dioses septentrionales, las interpretaciones de los héroes masculinos y femeninos, los susurros de los colores del crepúsculo, el ruido de las pisadas de los peregrinos, los murmullos del agua en los riachuelos, “et sic caeteris”. Todo esto, no lo niego, es importante, sobre todo desde el punto de vista de la armonía imitativa,

que a veces es en su obra de un paralelismo fotográfico. ¿Pero es tan decisivo como se dice? ¿Puede tener la música como finalidad el mero realismo, la pura imitación de los ruidos de la Naturaleza, el puro gemido y balbuceo humano íntimo? La captación de esos espectáculos siempre se dejó para la literatura; la música tuvo siempre otras perspectivas distintas. La pesadez plúmbea de Wagner, sin embargo, no le viene de su naturalismo ni de su realismo. Si no fuera por esos momentos, su música sería la pesadez suprema, el aburrimiento químicamente puro, la geología.

Insistir sobre el daño que ha hecho Wagner a sus seguidores, tendría muy buen sentido. Algunos, como Strauss y Debussy, no solamente imitaron lo bueno de W, que es su naturalismo, sino que lo hicieron con una elegancia congénita. (Sin embargo, el folleto de Cocteau contra Debussy en tanto que wagneriano, está vivo como el primer día). En este país, los wagnerianos imitaron lo peor del artistazo y aquí están sus mamotretos. Recientemente, un crítico los ha enumerado. Su simple enumeración produce un efecto horrísono. ¡Cuán triste es tener que recordar que de Morera no quedarán, gracias a Wagner, más que sus sardanas, y que de los wagnerianos cien por cien no quedará ni eso!

Para terminar, me permitiré aconsejar la lectura de la conferencia en la Associació Wagneriana de Barcelona, sobre “el drama musical de Mozart” (“Obras Completas”, pag. 678).

(Nota de Wagneriana: Como puede verse tanto en este artículo como en el siguiente, no se trata de una simple cuestión de gustos u opiniones, sino que el tono de ambos artículos es dogmático, ex-cátedra, además de insultante y pasado de moda. Las mismas ideas, redactadas por una persona respetuosa con las opiniones de los demás, serían simplemente un punto de vista, pero el tono empleado a lo largo del artículo, le descalifica totalmente. Y si de Morera no han quedado más que sus sardanas –y de otros ni eso- ello es culpa de ese dogmatismo descalificador que utiliza Pla. Los compositores catalanes, fuesen o no wagnerianos, han desaparecido del panorama musical pues como decía Lope de Vega muy acertadamente de los españoles, “los propios no permite que se alaben, pues sólo piensa que extranjeros saben”. ¿También de eso tiene la culpa Wagner?)

LA ESTETICA DE WAGNER

por José Plá

(Artículo publicado en la revista "Destino" nº 553, del 13 de marzo de 1948)

Señores, me han dado ustedes un varapalo formidable, del que les acuso recibo. Me refiero a la cosa de don Ricardo Wagner. Las setenta u ochenta personas que han escrito a la dirección de DESTINO defendiendo al autor de "Los Maestros Cantores de Nuremberg" son personas que yo respeto y admiro. Mi interés, como el de ustedes, señores, es poder crear las condiciones objetivas de una polémica que no se convierta en una carnicería. En este sentido –dado que las cartas no se podrán publicar en su totalidad, por falta de papel-, yo quiero contestarlas para dar la impresión cierta del respeto que me merecen. Para su satisfacción, les diré que las cartas que ha recibido la dirección del semanario, como las que yo he recibido, en mi domicilio particular, firmadas por Brunildas y Lohengrins del extranjero o del país, son absoluta y radicalmente contrarias a mis puntos de vista.

Las personas que en sus cartas afirman que yo, en mi artículo, he dado muestras de sentir un desprecio más o menos grande por la nación alemana, se equivocan. Convendría que estas personas supieran de una vez que las cosas abstractas o genéricas no se odian, ni se desprecian, ni pueden amarse como puede odiarse o amarse una cosa concreta. Yo no puedo sentir sentimiento alguno contrario por lo que existe. Toda realidad me produce no sólo un gran sentimiento de respeto, sino el incentivo de la curiosidad. La curiosidad que yo siento por la cosa alemana es inmensa. Lo que yo desprecio hasta el hueso es la forma política que imperó en Alemania con el nombre de nacionalsocialismo, en los últimos años (Nota de Wagneriana: Y a Wagner, añadiríamos nosotros). Lo que ha sufrido el pueblo alemán, víctima espantosa de la ignorancia terrible de sus dirigentes.

Volvamos, pues, a Wagner y a los problemas que plantea su estética –que es como decir, en este caso, su pornografía (Nota de Wagneriana: ¡Qué delicado!)

Sobre Wagner está ya todo dicho –después de lo que escribió don Federico Nietzsche, no sólo en el libro que dedicó al músico, que fue su mayor amigo, sino en notas dispersas en casi todos sus libros-, sobre todo las que se refieren al problema

moral, como en “Aurora”, por ejemplo. En aquella “Aurora” tan triste que Nietzsche escribió en los pueblecitos del Golfo de Génova, sometido al régimen de comida más eficaz para la filosofía, consistente en huevos, verduras y carne, según dice.

Hay un punto en Wagner que Nietzsche, por espíritu de caridad, no desarrolla en sus obras: es el Wagner como creador de tempestades de teatro, en lo que no tiene rival. Cuando hablo de la obra del músico, me refiero a lo más típicamente wagneriano de su producción, excluyendo por tanto, la primera parte de su obra que es italianizante, y “Los Maestros Cantores” que están contruidos a base de canciones populares, porque ha de saber usted, ¡oh Brunilda!, que Beethoven y Wagner trabajaron sobre esta clase de melodías. Cuando me relega usted, señora, a las melodías de mi pueblo, me pone, aunque usted no lo sepa, en muy buen terreno.

En su obra más típicamente germánica, Wagner fue un creador de tempestades terribles. La orquesta crea tempestades que se inician como suelen iniciarse esta clase de monstruosidades y suben lentamente y sin cesar. Llega un momento en que producen estrépitos terribles, que pondrían los pelos de punta al más pintado, si no se tratara de tempestades de teatro, o sea infinitamente más desapacibles y furiosas que las tempestades verdaderas. Llega un momento en que todas las fuerzas del caos, del cosmos y del sistema planetario se proyectan sobre una orquesta en pleno frenesí. Y esto lo resuelve siempre don Ricardo a base de lo que los antiguos carcamales de la retórica llamaban la armonía imitativa, de la cual citaré un ejemplo literario para que la gente sepa lo que es la armonía imitativa:

Las torres que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron...

para dar idea del derrumbe de unas torres. Wagner hace llover, tronar, relampaguear, se fingen en escena todos los ruidos que la naturaleza produce cuando se desata y se convierte en manifestación espantosa de la que es la vida cósmica, en relación con nuestra humilde vida humana de todos los días.

Pero luego, como sucede en obras de otro tipo, después de la tempestad viene la calma y es en los momentos en que Wagner se entrega al puro panteísmo y a los movimientos más entrañables de la más insignificante biología. Cuando se entra en el proceso de la calma se oye crecer la hierba, producirse el monstruoso nacimiento de

las setas, (Nota de Wagneriana: Resulta un poco patético que una personalidad como Pla repita lo de las setas en dos artículos publicados en un corto intervalo de tiempo. Tanto si ello es debido a la edad como si lo repite por considerarlo un argumento muy acertado, es absolutamente deprimente) palpar del agua y el viento, la entraña humana y la entera fisiología. Esto no se hace a través de la armonía imitativa, porque estos ruidos no pueden imitarse, pero se hace produciendo borborismos, ruidos fisiológicos, tartamudeos, vacilaciones, temblores, ansias, fiebres, sueños, obsesiones y todo lo que suele producir la existencia en su proceso hacia la muerte. Mis contraopinantes dicen: Pero usted, señor Pla, ¿será tan insensato para no reconocer estos placeres que Wagner produce? ¿Será usted tan cerrado y tan obtuso para no entusiasmarse ante estas titilaciones febricitantes, repetidas, obsesionantes, abrumadoras, definitivas? Y yo, que soy el señor Pla, digo que todo esto lo reconozco, y que precisamente porque lo reconozco lo desprecio.

Jamás el espíritu de la música ha consistido en la imitación servil o pornográfica de la naturaleza.

Yo levanto la bandera de la norma contra el caos, de la arquitectura contra la geología, de la gramática contra la confusión, de la sagrada familia contra la bohemia errante y desabrochada. Mi idea es que estas cosas no pueden ser desenfocadas por el arte y que cuando se rompen las leyes de la vida humana a favor de la vida cósmica, no hay arte posible, aunque puedan producirse grandes secreciones de fisiología – grandes y, desde luego, placenteras secreciones de la fisiología.

Don Ricardo es un hombre terrible, que toca exactamente las pajaritas de la gente – generalmente refinadas, refinadazos, que son personas que yo respeto, pero que me gustan poco-. Su concepción de que el arte es mera sensualidad no la admito. El arte es duro, es triste, es de un dramatismo inmenso. El arte no es más que el disimulo febricitante de la tragedia del hombre en la vida, el hombre de inmortalidad realizada a través de la espantosa dificultad del dibujo y de la forma sintética, aunque concreta. Wagner no tiene forma alguna, dibujo alguno, es una mera secreción de la naturaleza. Es el hombre que ha asesinado una de las mayores adquisiciones del hombre: ha asesinado la melodía. Ha transportado toda la música a la sinfonía, fundiendo la maravilla de la voz humana en los instrumentos de viento o cuerda.

Wagner es un gran músico que en el mejor de los casos puede ser, en estas latitudes, considerado como un enorme enemigo.

(Nota de Wagneriana: Así acaba Pla su artículo y cabría preguntar, ¿si en el mejor de los casos puede ser un enemigo, que sería en el peor?. Si no tuviésemos referencia de la fecha, cualquier lector instruido en el tema pensaría que se trata de un comentario escrito en los años setentas u ochentas del siglo XIX. Nadie podría creer que toda esa serie de lugares comunes, de argumentos demagógicos y de afirmaciones categóricas e intransigentes, pudiesen escribirse a mediados del siglo XX. De la lectura de los textos reproducidos se deduce que Pla no tiene ni idea de Wagner, ni de ópera ni de música en general y su afirmación de que Wagner había asesinado la melodía, es un argumento tan manido que da pena verlo escrito por Pla. Además de esos breves comentarios que hemos ido intercalando, reproduciremos seguidamente la carta del Dr. Lluís Suñe Medán, replicando a Pla.)

CONTESTACION DEL DR. LLUIS SUÑÉ MEDAN

(Esta carta nunca fue publicada y quizás no está ni terminada)

José Pla, a propósito de un artículo de Xavier Montsalvatge:

El artículo de D. José Pla “Contra Wagner” aparecido en el nº 550 de “Destino”, merecería unos comentarios muy extensos destinados a derribar totalmente y fácilmente el castillo de naipes que ha intentado edificar el noble escritor, sobre unas cuestiones asaz antiguas y que hoy día ya no se discuten.

Pero como no dispongo de tiempo ni poseo las bellas cualidades literarias del Sr. Pla (quizás algún día exponga con alguna detención unos comentarios sobre el particular) tan sólo me permitiré aconsejar también (a semejanza de los deseos manifestados en el último párrafo de su artículo) la lectura de la oportuna contestación que sobre la conferencia del gran Maragall, dio el maestro Domenech Español en la “Associació Wagneriana” publicada en “Conferencies” donades en dicha Asociación, Barcelona 1908, pag. 249.

Además de recomendar la lectura de esta conferencia, léase asimismo las obritas siguientes, ya muy conocidas por muchas personas: “Drama Wagnerià” por Houston

Stewart Chamberlain, traducción de Joaquím Pena. "Le voyage artistique à Bayreuth" por Alberto Lavignac, y los interesantísimos estudios sobre las obras escénicas de Wagner, publicadas por Alice Leighton Cleather y Basil Crump, traducción española Ed. Gustavo Gili, Barcelona 1927.

.-----.

La diatriba que el Sr. Pla ha escrito contra Wagner en el número 550 de Destino, creo que ha hecho un efecto muy semejante al producido por la Lanza del Grial esgrimida por Klingsor contra Parsifal. No da en el blanco ni hiere. Sólo es recogida para asegurar mayormente su poder.

Wagner ha tenido, en efecto, pocos seguidores respecto al empleo de su nuevo arte. A nuestro entender podríamos hallar una bella aplicación del mismo, llevado a cabo con éxito en Vicent d'Indy ("L'Etranger"), Charpentier ("Louise") y Humperdinck ("Hänsel und Gretel").

Ricardo Strauss y Strawinsky también han bebido en la fuente wagneriana, pero han seguido otros derroteros, especialmente por lo que se refiere a la orquestación y a los medios expresivos instrumentales, pero no han producido dramas líricos de la potencialidad de los de Wagner.

También se ha escrito que los poemas wagnerianos son pueriles o de gusto arcaico, basados en leyendas y mitos. Eso, por una parte, no excluye para nada fusionarlos con la expresión musical, con lo cual se consigue la mayor cohesión.

Además, los asuntos que desarrolla Wagner en sus poemas, aún los que proceden de la mitología, tienen un fondo y una finalidad de adaptación puramente humana. La primitiva epopeya de los Nibelungos, por ejemplo, no ofrecía este carácter, pero Wagner transformó de tal manera los hechos y acontecimientos con tal maestría, que logró encadenar la acción con unas bases sólidas de desarrollo más lógico y adaptable al comentario musical creado por él.

Los mejores comentaristas de Wagner no son músicos, quizás porque estos juzgan a Wagner exclusivamente bajo su faceta musical. Y creo que ahí está el error. Entre los que cultivan o conocen bien la música, hay sin duda alguna Vicent d'Indy y Lavignac (franceses) que nos proporcionan sendos estudios favorables al gran Maestro.

Para comprender bien a Wagner, para juzgar el mérito y la potente inspiración de sus obras, es preciso no sólo oír la música, sino conocer el poema y ver la escena. Por eso yo creo que la música de Wagner no es para los conciertos sinfónicos sino para la representación teatral: los murmullos de la selva, el final del acto II de “Los Maestros Cantores”, la muerte de Sigfrido, etc. son magníficos fragmentos musicales, que serán mejor comprendidos cuando vayan acompañados de la acción visible y de su significación dramática.

La idea creadora de Wagner, en su notable reforma artística, fue, como acabamos de indicar, la unión estrecha e inseparable de las tres artes que acrisoladas con su portentoso genio, produjo un Arte nuevo del todo personal.

En cuanto a la crítica sobre la armonía imitativa, cabe decir que Wagner no abusa de ella. Conviene no confundir la imitación con el efecto que produce en el espíritu la audición del componente musical adecuado, especialmente cuando al mismo se une la acción poética y la representación escénica, o el gesto.

Quizás imita armónicamente más Strauss que Wagner (Don Quijote, Sinfonía de los Alpes). Por otra parte, otro genio, Beethoven, también se vale de dicho medio para expresar, por ejemplo, una tempestad (VI Sinfonía).

X. Monsalvatge nos habla del conglomerado monstruoso de símbolos y leyendas, de una fantasía antiteatral que forman la base de algunas obras de Wagner, que además de la música, es la admiración del aficionado wagneriano. En realidad estas obras son tan teatrales como las óperas de Mozart, que tienen más de vaudeville que las de Gluck, Weber y Beethoven, y en cambio, la música de estos genios se escucha siempre con placer y devoción.

Además, la leyenda y el mito se prestan precisamente a ser musicalizados, y Wagner halló en su profundidad simbólica y filosófica, todos los elementos para crear su nuevo arte y su representación en las pasiones humanas de todos los tiempos.

CONCLUSION

Da la sensación de que la carta del Dr. Suñé no está terminada, pero ha representado para nosotros una feliz casualidad haber podido disponer de una de las ochenta

réplicas a Pla y que nunca –creemos- llegaron a ver la luz. Sesenta años después de la polémica, hemos podido replicar, algo que en su momento parece ser que nos fue negado por la dirección de “Destino” y si algún lector posee información diferente y ha visto publicada alguna carta en dicha revista, mucho le agradeceremos que nos la haga llegar, pues no querríamos ser injustos. Nietzsche escribió contra Wagner, pero Wagner no escribió contra Nietzsche. Tomaremos ejemplo de esa actitud noble y caballerosa de Wagner y no intentaremos “vengarnos” criticando a Pla como escritor. Pla es un escritor de grandes vuelos. Su obra completa constituye un valioso tesoro cultural no sólo para Cataluña, sino también para España, Europa y toda la cultura occidental. De ahí, precisamente, el dolor que nos han causado estos comentarios tan tendenciosos y partidistas. Pla fue uno de los más grandes literatos de los últimos años, pero evidentemente no fue, a diferencia de Wagner, un caballero.

Jordi Mota

